

TIEMPO DE SILENCIO

1 Cada una de las rejas, rastrillos y cerrojos que Pedro iba encontrando en su camino descendente, poseía un gnomo gris que, a su paso, los hacía transitables, como si no estuvieran fabricados de un apenas oxidado hierro sino de alguna materia
5 fluida y deformable.

Que en el ínterin Similiano le hubiera pedido algunas recetas gratuitas con destino a sus bien descritos padecimientos, que otros sujetos amables y oportunos le hubieran entretenido con diálogos referentes a su nombre, apellidos, estado civil, profesión,
10 sión, domicilio, que la naturalidad más cotidiana presidiera los gestos y actitudes de cuantos en aquellas oficinas se afanaban no habían sido datos suficientemente tranquilizadores para que el desasosiego hubiera abandonado su pecho a la fatiga, al sueño ni al hastío. Permanecía, pues, despierto, sentado en
15 uno de aquellos sillones rotatorios, mientras que algunos empleados se acercaban y le miraban como diciéndose: «Es éste», y se alejaban después tras recoger un papel evidentemente inútil o teclear al desgaire en una de las máquinas profusamente repartidas por todo el ámbito de locales unidos entre
20 sí por el pasillo donde guardias, presos, oficinistas y algún que otro perdido camarero con su chaquetilla blanca transitaban. La pequeña porquería que imperceptiblemente iba cayendo se depositaba sobre cuantos objetos eran asequibles a los dedos dándoles tacto rasposo y aspecto amarillento. Tal vez esta sensación no fuera debida, a decir verdad, al polvo cuya realidad es siempre cuestionable (como la de los otros entes invisibles), sino el miedo que parecía reinar con dominio absoluto en tales zonas, habitadas además de por los regidores y manufactureros de la angustia, por ciertos sutiles seres de color verdoso y barba
30 crecida, nacidos de una raza todavía no antropológicamente clasificada, en cuyos rostros, al ser contemplados atentamente, resplandecía aquel reino absoluto, ante los que Pedro podía inclinarse como ante un espejo que mostrara la naturaleza de la metamorfosis por él mismo sufrida, de la que aún no tenía
35 total conocimiento. Así pues, lo que él notaba como pequeña sensación de cansancio en ambas corvas, tensión de la bolsa del párpado inferior, picores prolongados a lo largo de ambas hendiduras palpebrales, ausencia absoluta de hambre sobre superficie seca de lengua vuelta objeto extraño en cavidad bucal
40 repentinamente contraída, incapacidad para comprensión de preguntas sencillas, fuerte deseo de ser amable con todo el mundo, suciedad pegajosa en axilas y en pies no por falta de jabón sino por sudor nuevo nunca antes eliminado, mirar agitado y vertiginoso hacia todos (absolutamente todos)
45 los rostros de los empleados intentando escrutar en ellos los signos de una lejana simpatía que, por lo demás, indiferentes prodigaban, proximidad excesiva de los zapatos a los pies que han perdido aparentemente toda utilidad traslatoria ya que no se es movido a impulsos de una voluntad que se transmite
50 a los músculos de las piernas sino por una fuerza magnética que emana de los hábiles ordenadores de la circulación en

tales pistas, proximidad excesiva del cuello de la camisa al de la carne que ha perdido también sus naturales propiedades transportadoras de aire, alimentos, etc., conservando solo la
 55 de servir de pivote al movimiento circular preciso para captar con la mayor frecuencia posible las muestras de simpatía de los rostros circundantes, temblor o bien rigidez a lo largo de las vértebras lumbares, no eran sino los indicios internos de ese mismo terror que deformaba los rostros de los que él podía
 60 ver, hijos de esa raza despreciable en la que todo hombre puede ser trasmutado por la culpa públicamente descubierta, hecha patente y en ruta hacia el castigo.

—Vamos a acabar en seguida. Usted es un hombre inteligente —dijo uno de los omnipotentes habitantes de las oficinas que precisamente mostraba hacia él una simpatía más
 65 desbordante, una sonrisa especialmente acogedora, una magnanimidad más fina y providente.

Pedro se volvió hacia él interrumpiendo la búsqueda de otras fuentes de simpatía ya que ésta, al parecer más decisiva, con tan
 70 especial abundancia sobre él se derramaba.

—Así que usted... (suposición capciosa y sorprendente).

—No. Yo no... (refutación indignada y sorprendida).

—Pero no querrá usted hacerme creer que... (hipótesis inverosímil y hasta absurda).

75 —No, pero yo... (reconocimiento consternado).

—Usted sabe perfectamente... (lógica, lógica, lógica).

—Yo no he... (simple negativa a todas luces insuficiente).

—Tiene que reconocer usted que... (lógica).

—Pero... (adversativa apenas si viable).

80 —Quiero que usted comprenda... (cálidamente humano).

—No.

—De todos modos es inútil que usted... (afirmación de superioridad basada en la experiencia personal de muchos casos).

—Pero... (apenas adversativa con escasa convicción).

—Claro que si usted se empeña... (posibilidad de recurrencia a otras vías abandonando el camino de la inteligencia y la
 85 amistosa comprensión).

—No, nada de eso... (negativa alarmada).

—Así que estamos de acuerdo... (superación del apenas aparente obstáculo).

90 —Bueno... (primer peligroso comienzo de reconocimiento).

—Perfectamente. Entonces usted... (triumfal).

—¿Yo?... (horror ante las deducciones imprevistas).

—¡¡ Ya me estoy cansando!!

Luis Martín-Santos

